

4 Caracas 6 julio 1997

Pedro De La Barra

por Manuel Martínez Salvo

Vanamente he esperado que alguien, tal vez alguno que en vida se llamó su amigo u otro que en más de una oportunidad debió referirse a su labor como director del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, dedicara siquiera algunas breves líneas a su recuerdo. El tiempo ha ido pasando y un pesado silencio ha caído sobre su nombre como si con él se hubiese querido ocultar cualquier vínculo que hubiera existido y que en este momento no fuese oportuno dar a conocer. Por eso, aunque tardamente, he escrito estas páginas como una manifestación de reconocimiento para quien iniciara, en un tiempo ya lejano, una nueva etapa del teatro nacional.

Conoci a Pedro de la Barra hace ya muchos años, como que en ese entonces estábamos ambos en nuestra primera juventud. En la vieja casona en que vivía —Bulnes esquina sur poniente con Romero— nos reuníamos algunos jóvenes apenas salidos de la adolescencia, a conversar de teatro, versos y otros temas particulares y en ciertas ocasiones a echar una "manita" de póker que solía prolongarse desde las primeras horas de la noche hasta muy avanzada la mañana del siguiente día. Cuando el sol ya estaba alto, partíamos unos hacia nuestras oficinas y el anfitrión se encaminaba al Instituto Pedagógico situado en aquella época, si mal no recuerdo, en la Alameda con Cumming, donde comenzaba a estudiar la asignatura de castellano.

Pedro era el menor de cuatro hermanos —dos hombres y dos mujeres— y aún alumno de preparatorias ya gustaba de dirigir pequeñas e infantiles murgas en las desaparecidas fiestas primaverales. Posteriormente realizó igual actividad en algunos escenarios y allí, por 1932 fundó la llamada Orquesta Afónica que dirigió con singular acierto y que tuvo, por su novedad, una buena acogida.

Ya en esos días llevaba en la sangre ese impulso irrefrenable que le impelía hacia el teatro; pero, no para asomarse al escenario a recitar parlamentos y a recibir aplausos, sino para dirigir a los actores, labor, en esos días, casi anónima, no siempre bien apreciada, raramente exaltada. Pedro no quería vivir un personaje; deseaba vivir todos los personajes de una obra, sentirlos, moverlos según su propio y personal concepto, reservándose para él, en conta-

das ocasiones, modestos papeles que le permitían asomarse a las candidaturas. En busca de realizar esas aspiraciones, emprende un viaje al exterior cuando alcanzaba los diez y siete o diez y ocho años, del que regresa trayendo ninguna experiencia y al dos años, uno para una novia de adolescencia y el otro, para un amigo. Aconsejado por su hermano mayor, el Dr. Manuel de la Barra, que estima que para cumplir con sus deseos de entregarse al teatro se hace necesario poseer una buena dosis de cultura, ingresa al Instituto Pedagógico y cursa la asignatura de la lengua patria.

Recuerdo que en los días de invierno de aquella época, Pedro concurría a clases abrigado de una gruesa manta, lo que, como es natural, llamaba la atención de todos. Parece que ese atuendo no fue del agrado del director del plantel, quien, una mañana le llamó a su oficina.

—¿Por qué viene usted a clases con esa manta? —le preguntó en un tono bastante seco.

—Porque no tengo abrigo —le respondió Pedro—.

—No me agrada que use esa prenda para asistir al Instituto.

Pedro le miró seriamente.

—Ud, señor —preguntó a su vez— ¿usa abrigo?

—Naturalmente —fue la respuesta.

—Pero, a mí no me gusta que lo use para venir a esta casa.

Entonces, en esos días en que hablábamos de versos, de mujeres y de libros, nació una idea: formar una compañía de teatro, en la que no hubiera primeros actores y todos sus componentes tuvieran la misma oportunidad de recibir los aplausos y de la Barra, como es natural, sería su director. Los mismos concurrentes a las sesiones de póker se transformaron en actores. No sé de dónde aparecieron unas sacrificadas niñas que se prestaron a acompañarnos, conviniéndose que en nuestra primera actuación pondríamos en escena una obra de Daniel de la Vega, cuyo nombre no recuerdo, elegida por la sencillez que suponíamos «centrar en ella. Aún conservo en mi memoria algunos de los versos de su prólogo que nuestro novel director debía recitar a cortina corrida:

" Las muchachas detrás de los balcones
" contemplan florecer las primaveras

Pedro de la Barra [artículo] Manuel Martínez Salvo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Salvo, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pedro de la Barra [artículo] Manuel Martínez Salvo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile